

ORANDO CON LA PALABRA

(Domingo 4º de Cuaresma)

“Dijo Jesús a Nicodemo: “ Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él, tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no será condenado, el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios”.

(Jn. 3, 14-21)

La Palabra nos abre hoy, al misterio central del amor. Dios amó tanto al mundo, nos amó tanto, que nos dio lo mejor de sí mismo, su Hijo. Nos lo entregó para estar, para compartir, para caminar con nosotros; para que el mundo , la tierra, los hombres, cada uno de nosotros pudiera acoger la salvación....

Dios ama a la creación, a las personas, al mundo, con sus luces y sus sombras, con sus contradicciones. Nos quiere como somos, pero se acerca, entra en nuestra vida para ofrecernos la posibilidad de transformarnos : de crecer, de avanzar , de llegar a ser lo mejor que cada uno pueda llegar a ser. Entra en nuestro mundo, en este mundo herido por los mecanismos del poder, por estructuras económicas y políticas injustas, para animarnos a que lo transformemos en ese mundo de justicia e igualdad que soñó para todos sus hijos.

No vino a juzgar, a discriminar, a etiquetar, a silenciar, a ningunear, a condenar. Vino para salvar, para abrir el camino hacia un horizonte nuevo. Vino para sanar, restaurar, reconciliar, perdonar. Vino para dinamizar todo lo bueno que hay en cada uno de nosotros, para reconocerlo, para valorarlo, para hacerlo presencia de su misma salvación. Vino para iluminar, para orientar, pero aquellos que preferían permanecer en las tinieblas, para proteger sus intereses, rechazaron su luz.

Que acojamos su luz para descubrir si nuestro corazón se mueve por sentimientos que serenar, que liberan, que unifican, que salvan , si nuestras manos se abren para acoger en abrazo universal, si nuestros ojos miran, acarician compasivamente. Pues sólo así, caminaremos hacia la salvación.

ORACIÓN

En silencio Señor,
sorpresa y descalza,
contemplo el misterio del amor gratuito,
que se hace don y carne, en ti.
Dios nos ama tanto, tanto,

que se ha hecho humano
para acompañar y liberar
el caminar herido y cansado
de su pueblo.

Nos quieres como somos, Señor
con nuestras mentiras
con nuestras mediocridades.
Quieres a este mundo nuestro
desencantado y roto
y confías, deseas y esperas
que nos dejemos transformar
por tu Palabra y tu luz,
para que vaya brotando y creciendo,
lo mejor que hay en cada uno de nosotros.
Para que, entre todos,
vayamos haciendo del mundo
espacio de libertad y armonía,
de encuentro y fraternidad.

No has venido, Señor, a juzgar,
ni a etiquetar, ni a silenciar, ni a condenar.
No has negado las posibilidades de crecer,
de cambiar, de avanzar
de nadie.
Has venido a reconocerlas,
a impulsarlas, a valorarlas.

Que no descalifique
según mis sentimientos,
mis simpatías, mis envidias.
Que no juzgue según mis intereses,
que no cierre puertas
ni ahogue las posibilidades,
las iniciativas, los sueños de nadie.

Has venido, Señor, a salvar,
a escuchar el clamor de los oprimidos,
a levantar al caído
y devolver la dignidad
a quienes se la han arrebatado.
Has venido, Señor, a salvar,
a liberarnos del error y el pecado,

a despertar ternura y compasión
a recrear ilusión y futuro
en los que han perdido el rumbo
y la esperanza.

Que acojamos tu luz,
para no permanecer, en tinieblas.
Que descubramos, Señor
si nuestro corazón se mueve
por sentimientos que humanizan
que ilusionan, que liberan
que unifican, que salvan.
Que descubramos, Señor,
si nuestras manos se abren
para acoger, para acompañar,
para unir, para abrazar, para fortalecer.
Que descubramos, Señor
si nuestros ojos
miran compasivamente,
si sonrían, perdonan,
serenan, impulsan.

En silencio y siempre sorprendida, Señor,
vuelvo a contemplar el misterio
del amor gratuito del Padre
que te envía entre nosotros
para que vayamos creciendo
identificados contigo,
hacia la unificación plena en ti.
Gracias porque has venido a salvar
todo lo que está herido, desviado,
desunido, muerto.
Gracias porque has venido a salvarnos,
a despertar la ilusión y a impulsar los sueños,
a iluminar el valor de lo sencillo y lo pequeño,
a recrear la vida y la esperanza.

Que amemos tanto,
que entreguemos lo mejor de nosotros mismos,
en este caminar compartido del Pueblo
hacia la Salvación.

Amén.

(Hna. F.Oyonarte)

